



Vamos a la plaza

SERGIO DE PIERO (UBA/UNAJ/FLACSO)
10 DE JUNIO DE 2016

¿Qué significa hacer, producir, política? ¿Está la política delimitada por formas expresas, por límites? Caben sin duda varias distinciones. Por una parte la sentencia pronunciada hace milenios: los humanos somos animales políticos. Deseamos las más de las veces vivir en sociedad, vivir juntos. Y por tanto aceptamos algunas normas de convivencia y una regulación sobre ellas (sobre esas normas no siempre hemos estado todos de acuerdo, pero nos hemos arreglado bastante bien, podría decirse). Bien, pero hablamos de la política como acción, como un hacer que tiene algún impacto y desde luego protagonistas y actores. Las democracias modernas han fijado instituciones para organizar de algún modo la acción política. Se han creado instituciones representativas:

espacios políticos donde representantes elegidos por el pueblo, legislan y ejecutan políticas en nombre de todo el pueblo, mientras duren sus mandatos. Allí se deciden y llevan adelante elementos centrales de nuestra vida pública, desde la salud y la educación pública, hasta la prestación y regulación de los servicios, el manejo de la economía, el trabajo, los distintos reclamos sociales...la lista es interminable. Pero a pesar de la vasta acción política que se produce en las instituciones, estas no contienen la totalidad de las prácticas políticas que se generan en nuestra sociedad. Hace varios años, el filósofo francés Claude Lefort afirmaba: “la representación no agota la democracia”. Esto es: la democracia cuenta con instituciones de gobierno basadas en la representación (los poderes ejecutivos y legislativos; el poder judicial no es representativo, pero esa es otra discusión) sin embargo ello no quiere decir que no existan prácticas políticas por fuera de esas instituciones. Justamente: desde mediados del siglo XX, las democracias se han caracterizado por la movilización de distintos sectores sociales, para ocupar, y hacer sentir su opinión, en lo que llamamos la esfera pública. Marchas, asambleas, actos, piquetes, ocupación de edificios públicos; diferentes modalidades que han ejercido los actores sociales, para demandar o defender, sobre diversas políticas ejercidas por aquellos que, mediante el voto, tienen la facultad de gobernar.

El peronismo, en tanto movimiento político, ha ejercido y promovido la práctica de la movilización desde sus orígenes. De hecho, su nacimiento es al calor de una Plaza, el 17 de octubre de 1945. Esa movilización exigía el retorno de Juan Domingo Perón, preso en la isla Martín García. Pero, a partir de allí, la ocupación del espacio público por sectores que hasta ese momento no habían logrado protagonismo político cambió la ecuación política de la Argentina para siempre. Desde allí los sectores populares ocuparon de manera definitiva un lugar en la política local, algo que hasta ese momento había sido apenas una insinuación.

Para el peronismo, “ir a la plaza” se convirtió en uno de los modos de construcción política. A tal punto que luego de la muerte de Perón, ante la incertidumbre sobre el liderazgo, no dejó de apelar a las convocatorias. Después de la dictadura y de la derrota electoral de 1983, la movilización volvió a ser un elemento relevante en la práctica política del peronismo (en una etapa donde el radicalismo de la mano de Raúl Alfonsín también

apostaba a la movilización). El menemismo, entre otros giros que impone a la tradición peronista, abandona la plaza. Son escasas las movilizaciones promovidas desde el peronismo gobernante, en una década signada por el peso de las tecnocracias y el orden del mercado. Bajo esa lógica, la apelación fue al individuo consumidor y no al ciudadano movilizado. Con todo, organizaciones sindicales y de desocupados, fueron poblando plazas en todo el país, reclamando el fin del ajuste perpetuo. Allí las movilizaciones incorporaron a nuevos actores y representaron horizontes de construcción novedosos. Y luego llegó la crisis del 2001, cuya ocupación de las calles quedará como su marca más profunda. De allí en más comienza una nueva sintonía entre plaza y gobiernos. Entre la movilización y las políticas públicas. El kirchnerismo desde las diversas estrategias que desarrolló para construir poder, el diálogo primero con los sectores que ya estaban movilizados y luego la convocatoria para otras propuestas, le imprimió una dinámica política ciertamente impensada al inicio del siglo. Para el peronismo en particular, aunque no solamente para este espacio político, significó la ocupación de la plaza como una forma nodal de “hacer política”, la recuperación de una trayectoria que parecía abandonada. Por eso cada movilización que implique la libertad de expresarse, el reclamo por derechos o la defensa de los conquistados, es un momento de fortalecimiento de la democracia y, sería deseable para la salud del régimen democrático, que las instituciones de gobierno le den a esas expresiones siempre nuevos espacios, en las decisiones que van a llevar adelante. Representación y movilización, no son en ningún sentido una antítesis, si se piensan y desarrollan, en el marco de la democracia.